

LA INQUISICIÓN EN ÍLLORA (Granada)
LA PERSECUCIÓN DE LA HETERODOXIA

DELIBERACIONES INICIALES SOBRE LA INQUISICIÓN

Después de siglos de sufrimiento, de oleadas de análisis y libros, ¿qué más podría decirse acerca de la Inquisición? Y sin embargo cada nuevo documento extraído y dado a la luz sigue siendo un paradigma de indignación ante tanta barbarie cometida en nombre de una religión.

En los albores de la humanidad, la concepción religiosa nació como producto de la necesidad de explicar o controlar los factores que dominaban la supervivencia, mayormente las fuerzas de la naturaleza. A falta de conocimiento surgía la superstición y los rituales, y finalmente ante la multiplicación de las civilizaciones fue precisa una regulación social que se recogería en normas morales para gobernar los excesos de una población en continuo crecimiento. Era, posiblemente, el preludio de la pretensión de una justicia universal.

Sin embargo y por desgracia, especialmente en el occidente, tales regulaciones no han supuesto una verdadera revolución que logre armonizar la vida; y una vez consolidada como institución, la religión no se ha diferenciado sustancialmente en su comportamiento de otros ámbitos que rigen la existencia, especialmente por su estrecha relación y vinculación con la política, con la que ha interactuado hasta alcanzar la indivisibilidad simbiótica en forma de estados teocráticos, iglesia-estado. En su afán de dominio, el ser humano logró hacer de las religiones un producto de persuasión mental al grado de convertirlas en uno de los puntos de identidad de países y continentes, tales como son el idioma, la bandera, el sistema político: la religión oficial.

En origen, la religión pretendía dignificar la vida, promulgar respeto y tolerancia entre las masas de población para la pacífica convivencia, salvaguardar la salud y armonizar cuerpo y espíritu, lo que todavía es perceptible en muchas regiones de oriente medio y los desiertos del mundo, donde las tradiciones culturales y las enseñanzas religiosas han transmitido y lo siguen haciendo, técnicas curativas vigentes, todo ello a través de un pulido lenguaje poético. En estas sociedades a las que consideramos ‘atrasadas’ se prohíben determinados alimentos o el exceso de ellos, tal y como antaño, para evitar enfermedades. La preparación y manipulación de los productos alimenticios, especialmente los cárnicos, se realiza según una tradición religiosa proveniente de una sabiduría ancestral con la que los antiguos evitaban tanto la contaminación, como el fomento y máximo aprovechamiento del beneficio nutritivo. Desgraciadamente nuestro frenético mundo occidental ha condenado reiteradamente, desde la antigüedad, dichas prácticas, tachándolas de arcaicas, perniciosas, o en momentos negros de nuestra historia, propias de herejes. Así, la medicina alópata y la química occidental, han

sustituido a la medicina tradicional natural, en ocasiones mucho más eficaz, barata y benéfica, en pos de las grandes farmacéuticas que dominan el panorama médico mundial y que con frecuencia han supuesto tanto un perjuicio como un retroceso en la salud, lo que con el tiempo nos llevará a la cola del progreso económico en favor de aquellos que han sabido o podido, en su aislamiento, salvaguardar sus métodos curativos naturales. La prueba viva de la eficacia de estos métodos está en el auge de la homeopatía.

Con todo ello, más la involución del ser humano hacia seres interesados, codiciosos y mundanos, la religión ha terminado por supeditar el origen del crecimiento espiritual y armónica convivencia, al de normativas restrictivas en cuanto a comportamientos, tradiciones y actitudes –muchas de ellas inocuas o incluso beneficiosas, por lo tanto incomprensibles- que imponía el poder religioso de facto utilizando amenazas que con frecuencia hubieron de llevar más allá de la vida terrenal para provocar el efecto coercitivo deseado, como el infierno o la condenación eterna, pero siempre cuidando de dejar algún resquicio de salvación que evitara la deserción de una masa de “los pecadores ya condenados” que mantuviera constante una espiral sin salida. Surgiría entonces el concepto del purgatorio que completara y cerrara el proceso.

Estudiado desde la óptica política, son las mismas armas a las que recurre el opresor. En el caso de la religión, el intérprete que transmite la palabra del iluminado, llámese discípulo, seguidor, descendiente, heredero o sacerdote, es capaz de transgredir la esencia original para modificarla a su propia conveniencia y convertirla en una religión; sus leyes, habitualmente muy alejadas del mensaje original, deben acatarse simple y brutalmente, sin investigación o escepticismo válido. Estos comportamientos han impedido durante siglos la evolución y el progreso de la ciencia, entre otras muchas materias que han sido prohibidas o proscritas, en favor de civilizaciones mucho más tolerantes y permisivas que avanzaron técnicamente, y cuyo legado disfrutamos hoy día. De tal manera han crecido los filósofos, tratando de encontrar aquel origen tan sustancial, tendente a recuperar la salud social, la regulación, el equilibrio, el orden cósmico tras el big bang en el que cada planeta es conducido por su órbita alrededor del eje mayor, como los electrones alrededor del núcleo. Como el corazón que rige al cuerpo y el centro terrestre equilibra la corteza.

En nuestra infinita limitación como seres humanos y la fuerte influencia de la corrupción que ha hundido civilizaciones enteras, sólo aquellos verdaderamente comprometidos con un código de armonía y paz, han logrado salvaguardar la esencia espiritual de religiones francas, profundas, místicas, alejadas del comportamiento mundano tan propiamente occidental con que hemos envenenado a la mayor parte del mundo.

Lo que ha sucedido con la religión cristiana desde poco después de su concepción, no es diferente a lo que sucede con una eficaz ideología política capaz de acabar con el sufrimiento y la injusticia de un pueblo: se corrompe por

el materialismo inmoral de representantes faltos de compromiso espiritual o afán de servicio, mal severamente contagioso y proclive a enraizar profundamente. Y es ésta lucha por convencer de la autenticidad de un discurso carente de ella, por lo que el representante debe imponer preceptos, prohibiciones, mandatos de obligatorio cumplimiento que impiden a la sociedad regirse bajo criterios propios, naturales, tradicionales; de investigar, criticar, tolerar el escepticismo y las diferencias... en una palabra, rechaza la diversidad y por tanto el avance en el pensamiento humano, en la ciencia y el arte, en el peor de los casos bajo pena de muerte y que, desafortunadamente en sociedades tan rígidas como la medieval, han sido excesivos.

Y a pesar de todo, la Inquisición fue mucho más allá.

La religión cristiana en su concepción proclamaba la paz, la justicia social, la tolerancia, la convivencia armónica, el perdón, el reparto justo, la espiritualidad sobre el materialismo. Rechazaba la corrupción, el enriquecimiento a costa del sufrimiento; la violenta ocupación de los romanos (posiblemente como disfraz para oponerse ferozmente a la idolatría -los romanos eran politeístas-) En resumen, lo que convenientemente olvidó la Inquisición para aplicar lo contrario: el castigo, el terror, la intolerancia, la barbarie, la injusticia y la maldad. La Inquisición codiciaba, saqueaba, robaba, asesinaba, fomentaba la pobreza de los pobres y la riqueza de los ricos, el asesinato y la guerra religiosa con el sobrenombre de Cruzada –cualquier cruzada posterior a las invasiones de medio oriente- Un uso fraudulento y criminal de palabras que habían supuesto el sacrificio de un hombre, Jesús, en su lucha por la justicia de la humanidad, trastocadas con el único fin del lucro y el poder.

-ooOoo-

Antonio Verdejo Martin
Laura Fernández-Montesinos Salamanca
Depósito legal: GR 1474-2015